

PARTIDOS AL MEDIO

**RELATOS Y
CONTRARRELATOS
EN LA ARGENTINA
DE HOY**

MARCOS MAYER

AGUILAR

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Indignados mal](#)

[Relatos y contrarrelatos](#)

[¿Quién es esa mujer?](#)

[Caza de citas](#)

[Épicos y morales](#)

[Pegame y decime cultura](#)

[El juego de los parecidos](#)

[Así, cualquiera](#)

[Crear o reventar](#)

[Mal de humores](#)

[El militante es el otro](#)

[¿Por qué tanta historia?](#)

[Nada mejor que ser tan subjetivos](#)

[Discutir con un fantasma](#)

[Los ciegos del país de la política](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

A mi mamá, porque ya va siendo tiempo.

A Andy, con el deseo que llegue allí donde puede.

Indignados mal

Este libro nace de varios hartazgos. El primero, la permanente sensación de que nos hallamos en medio de un fuego cruzado que no conoce descanso y que nos interpela constantemente para tomar partido, la mayoría de las veces entre opciones que no terminan de convencernos. El mundo exterior —el de la política, los medios, las redes sociales— nos exige definiciones instantáneas, funcionando como un tozudo telemarketer o un vendedor de seguros o tarjetas de crédito. Para responder a semejante premura —cuya necesidad se me escapa, pero que, sin dudas, forma parte de un clima de época— hay que tener en claro de antemano por dónde pasan la verdad y la justicia. Hay que estar parado definitivamente en uno de los lados en que ha decidido dividirse la realidad.

No se deja de escuchar que estamos viviendo tiempos históricos, positivos, si se los mira desde el oficialismo, o catastróficos, si se lo hace desde la oposición. Es cansador, porque lo que resulta evidente es que esos momentos destinados a dividir aguas se disuelven luego para dar paso a otras realidades. Como las famosas disputas en torno a las retenciones fijadas por la resolución 125, durante las cuales parecía que el país quedaría para siempre inmerso en una división insalvable y un destino de permanente enfrentamiento. Cada tanto hay un amago de protesta por parte de los sectores agropecuarios, y las presiones que surgen de que los productores de granos retrasan el momento de cambiar sus divisas seguirían ocurriendo sin la 125. La derrota del kirchnerismo en las elecciones posteriores al conflicto parecía irreversible hasta que Cristina se impuso con el cincuenta y cuatro por ciento de los votos. Cada cacero-

lazo es vivido por quienes participan de ellos y por quienes los desprecian como un momento de quiebre, como el momento del derrumbe definitivo de la oposición o como el nacimiento de algo nuevo que habría de cambiar el rumbo de la política en la Argentina. Nada de eso parece haber sucedido.

La dramática de estos tiempos poco se condice con la realidad. Hay cosas en las que se ha avanzado, otras tantas que siguen sin solucionarse y muchas que ni siquiera forman parte de la agenda pública. Eso se llama democracia: un objeto a construir que sufre avances y retrocesos, pero que no se juega a cada instante, como tampoco están en riesgo la patria y el destino de los argentinos en cada decisión del gobierno y cada acto de la oposición. Resulta agotadora esa propensión a hacer de cada momento una instancia clave de la historia de la patria, lo que lleva a una permanente apelación a palabras altisonantes: recuperar la fragata *Libertad* es un acto de dignidad nacional; un cacerolazo es el preludeo de un cambio imprescindible.

Una urgencia fogueada desde los medios que hacen de este clima un buen negocio: poco antes de que se definieran las fórmulas para las internas partidarias, Luis Majul desplegó en *La Nación*, bajo el título catástrofe "Si no acuerdan, pierden todos", su camaleónica capacidad para el Apocalipsis. Escribió, entre otros párrafos del mismo tenor: "Si Mauricio Macri, Francisco de Narváez y Sergio Massa no terminan estableciendo un mínimo acuerdo que les permita poner un límite a Cristina Fernández es probable que la Presidenta se salga con la suya y quede muy bien parada después de las próximas elecciones de octubre. Y también es probable que Ella se sienta con el 'derecho' político de plantear una reforma constitucional que incluya su propia reelección. El que aparezcan peleados, egoístas, especulativos, tirando para un solo lado y sin la grandeza necesaria como para deponer cuestiones personales mientras el gobierno trabaja con el objetivo inamovible de perpetuarse en el poder, les hará pagar, a ellos tres, entre otros, un costo político enorme, mucho mayor del que ahora pueden

imaginar, inmersos como están en *una fuerte puja por los lugares en las listas*" (el destacado es de Majul, entre alarmista y didáctico).

Dejemos de lado las amenazas, ¿por qué sería imprescindible un acuerdo electoral entre fuerzas que tienen distintas perspectivas y ambiciones disímiles y en muchos casos contradictorias? ¿Para una elección legislativa? Llegado el caso, y cada uno por su lado, podrían alcanzar en el Congreso ciertos acuerdos frente a la malevolencia de Ella. Por otro lado, ¿por qué se supone que todos juntos sacarían más votos que presentándose cada uno por su lado? Este periodismo en estado de urgencia, cuando es contrario al gobierno, considera que la oposición debe ser un frente único, una barrera en el sentido más futbolero del término. Como si se tratara de un momento decisivo y terminal después del cual lo único esperable del mundo es que comience una nueva era o que nos hundamos para siempre. Lo que termina por ser una posición que no comprende la dinámica del poder, del cual tiene una imagen estática basada en la ilusión de que la realidad nace cada vez que se imprime un nuevo ejemplar de un diario.

Para estos apóstoles del Apocalipsis cotidiano, una estrategia de construcción como la que desarrolló el PT de "Lu-la" da Silva, que perdió tres elecciones antes de llegar a la presidencia del Brasil en 2003, es incomprensible. Hay una dinámica del mundo mediático (del que se muestra presa nuestra clase política, aunque de modo diferente según sean oficialistas u opositores) que exige la producción inmediata de nuevas realidades. Hasta un político tan inteligente como el "Chacho" Álvarez sucumbió a estas urgencias con resultados desastrosos para el país. Antes de integrarse a la Alianza, el FREPASO constituía una fuerza importante, con buena llegada a la gente y que, de no ser por la urgencia por evitar la continuidad del menemismo, pudo haber sido una alternativa a largo plazo. De hecho, las elecciones de las que había participado antes de conformar la Alianza resultaron promisorias en ese sentido. Por una de

esas raras burlas que reserva la historia, el adversario en 1999, el que no debía ganar en ninguna circunstancia, Eduardo Duhalde, terminó como el presidente que completó el mandato de la Alianza, la misma fuerza que lo había supuestamente derrotado.

Desde el lado del oficialismo, la urgencia de que se voten leyes, que se expidan dictámenes (toda demora es vivida y transmitida como un boicot), se explica también por la necesidad mediática de velocidad. Puesta en esa vorágine, la política argentina hace acordar mucho a esos boxeadores mexicanos —conocidos como “fajadores”— que se cruzan piñas sin pausa hasta que uno cae a la lona. No hay estrategia, se trata simplemente de desgastar al enemigo a fuerza de golpes y lo más pronto posible.

El gobierno mantiene un permanente diálogo (no es la palabra exacta) con lo que ha llamado la “corporación mediática” encabezada por el Grupo Clarín y completada por sus presuntos aliados, *La Nación* y *Perfil*. Durante la primera presentación tras operarse de un cáncer de tiroides que finalmente no fue tal, cuando se hubiera esperado un reconocimiento a las personas que la habían acompañado, a los médicos que la habían tratado, a los buenos deseos recibidos, y alusiones a la alegría que le producía estar de regreso en la presidencia, Cristina dedicó la mayor parte de su discurso a fustigar a esa prensa que había dado, desde su perspectiva, informaciones falaces sobre su salud. Esta actitud se repite en cada presentación, y con el paso del tiempo se ha convertido en un ritual que por momentos exhibe tonos humorísticos, como cuando, antes de comenzar el discurso de presentación de los candidatos del Frente para la Victoria a las primarias de agosto de 2013, se tomó un tiempo para posar para los fotógrafos mientras decía que no podría evitar que eligieran la peor de las imágenes para hacerla parecer una bruja.

La única imagen propia con la que se debate desde el oficialismo es la que reflejan los medios opositores (a los propios nunca se los cita, ni siquiera como argumento a favor), lo que diga tal o cual periodista, lo que se declare en

algún programa de televisión. Y si se discute a personas o partidos, se toma en cuenta cómo aparecen en el espacio mediático, que es donde parecen librarse todas las batallas que importan, pero al precio de aceptar su lógica, que es la de la inmediatez: acciones de corto plazo que den resultados instantáneos, incluso cuando los problemas que se enfrentan sean complejos. Hacia finales de 2012, Florencio Randazzo, el ministro del Interior, anunció una profunda reforma del sistema de transporte que empezaría a dar frutos en dos meses. Algo imposible, pero ¿aceptarían los medios una cifra más realista, digamos, unos dos años, por lo menos, para empezar a ver los primeros resultados? La cuestión se pone más crítica cuando se habla del tema que parece más acuciante —al fin y al cabo, pone en juego la vida—, que es la cuestión de la inseguridad. La consigna mediática es el endurecimiento de las penas o esa especie de fantasma que nadie sabe muy bien en qué consiste y que da en llamarse prevención, y que por ahora no pasa de mayor cantidad de efectivos policiales y de gendarmería patrullando las calles.

Tampoco se discute sobre las causas del auge del delito. Hay una especie de sentido común que lo vincula directa y mecánicamente con el aumento de la miseria, por lo que la progresiva reducción de esta traería una disminución correlativa del delito. Como esta relación no es mecánica, pese a toda la fe que se le dispensa, el único camino es la represión, cuyo recurso más extremo, la pena de muerte, reaparece cada tanto en los medios, fogueada por ciertas estrellas de cabotaje, como Susana Giménez, pese a la completa inviabilidad en términos legales de su aplicación.

Estas respuestas provienen de una concepción del tema de la seguridad que maneja una única hipótesis de conflicto: la existencia de dos ejércitos enfrentados. Por un lado, las víctimas; por el otro, los delincuentes. Nadie tiene nombre, las historias se borran, lo único que da sentido y explicación a la vida de quienes se hallan en uno u otro bando es el momento en que el hecho —el asalto, el asesinato, la bala perdida— se produjo. El riesgo cierto, y se lo puede

verificar, es que este conflicto se transforme en un conflicto entre clases y culturas. Lo que no es una cuestión menor, porque de un lado y otro de esta frontera se está instalando una suerte de cultura del delito, por una parte, y de la defensa, por la otra, y en ambas hay armas y vidas en juego. El problema es de una enorme complejidad y no es únicamente nacional, ni siquiera alcanza entre nosotros la gravedad que asume en otros países, como México o Colombia, por ejemplo. Las respuestas son a largo plazo y hay que convivir con un problema atravesado por distintas variables, lo que lo hace de muy difícil solución.

Entonces aparecen la negación desde el gobierno (la pelea inseguridad vs. sensación de inseguridad) y las soluciones mágicas que propone la oposición (el mapa del delito de Francisco de Narvárez, o la poco sutil fórmula de “meterles bala a los delincuentes” que pronunciara Carlos Ruckauf cuando era gobernador de la provincia de Buenos Aires).

Lo que no permite este movimiento de velocidad mediática es la formulación de políticas de Estado (se volverá sobre esta cuestión). Y no tener políticas de Estado, aunque sea como horizonte de posibilidad, es condenarnos a un perpetuo presente donde nada se termina de consolidar ni se actúa con visión de futuro, un futuro que no parece extenderse más allá de la tanda.

Por último, lo que resulta abrumadoramente fatigoso de estos tiempos —y que ha afectado las relaciones de mucha gente— es el sentimiento de indignación permanente. El clima de la época no es la llamada “crispación”, que sería algo así como el punto cero de la intolerancia, ni la falta de diálogo, porque el diálogo no es una práctica de almas bellas que piensan en el bien general, sino una necesidad que nace de la correlación de fuerzas. Cuando más pareja es la representación partidaria —esto es, cuando, para que salga una ley, hay que recontar los votos—, se negocia; de lo contrario, ni siquiera se lo intenta. ¿Para qué?, ¿por una cuestión de buenos modales? Menem necesitaba de Alfonsín para que le votara una Constitución que le permitiera ser reelecto. A cambio de eso permitió un sistema más par-

lamentario y la instauración de nuevas figuras, como la de jefe de Gabinete, y crear espacios institucionales, como el Consejo de la Magistratura. Y allí, en ese diálogo que se instauró tal vez por malas razones, la Carta Magna incorporó los llamados derechos de tercera generación, los que protegen a las minorías, y se acordó considerar a los golpes de Estado como delitos. No es para nada menor.

Crear las condiciones para que el diálogo sea necesario e incluso imprescindible no parece un mal objetivo para la oposición. Para eso debe construir poder, una empresa que requiere de tiempo. Claro que Majul está urgido de otras cosas.

Volvamos a la indignación, que se lee como una constante en declaraciones como las de un representante de la curia ante la dificultad para conseguir reales para viajar al Brasil a ver al Papa: "Con indignación, vergüenza e impotencia acompañamos a los miles de jóvenes argentinos que con devoción quieren viajar al Brasil, pero se encuentran acorralados, muchos impulsados a recurrir al mercado negro de cambio para poder acceder a los recursos en moneda real". Dice René Descartes sobre este sentimiento que parece haberse puesto de moda en el mundo: "La indignación se observa mucho más en quienes quieren parecer virtuosos que entre los que verdaderamente lo son; pues, aunque los que aman la virtud no pueden ver sin aversión los vicios de los demás, solo se apasionan contra los más grandes y extraordinarios". A diferencia de otras reacciones de rechazo, como el enojo o el desprecio, la indignación se experimenta desde la superioridad, desde la creencia de ser mejores que los objetos de nuestra indignación, los que, por el mismo hecho de ser peores que nosotros, terminan por agraviarnos. Se indigna aquel que se siente agraviado en su dignidad, lo que le da derecho a cualquier reacción. Por eso pueden escucharse, de manera cada vez más extendida y menos sujeta a autocensura, cosas que no deberían decirse. Nada justifica que se trate a una presidenta (diría a ninguna persona) de "yegua" o de "konchuda". Se insulta de manera pública, en pancartas, en las redes sociales, en

los foros que abren los medios para la opinión de los lectores. Sin dudas, hay una impunidad favorecida por el anonimato, pero no parece ser el principal motivo de este despliegue de agravios. Quienes los emiten están convencidos no solo de su derecho a ponerlos en circulación sino también de que es el objeto de su agresión el que ha hecho todo lo posible para que la indignación asuma esa vestimenta. No hay otra que insultar. "Ella fue la primera en faltarnos el respeto", es una respuesta habitual entre aquellos a quienes se les cuestionan estos exabruptos. Una de las consecuencias de esta indignación es la afirmación no solo en las propias convicciones, sino también en la posición que se ocupa en el mundo en tanto personas. Frente a una medida gubernamental o un acto de la oposición no queda otra que asumir una posición y perpetuarse en ella. Porque la indignación nos convence de que somos mejores. Un tango cuya supervivencia es tanto una perplejidad como un síntoma, "Cambalache", de Enrique Santos Discépolo, lo resume como pocos: "Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio, chorro, generoso o estafador... ¡Todo es igual! ¡Nada es mejor! Lo mismo un burro que un gran profesor. No hay aplazaos ni escalafón, los inmorales nos han igualao". Mensaje indignado que circula mejor y menos envarado en otro tango, esta vez de Enrique Cadícamo: "Al mundo le falta un tornillo". La indignación ve el escándalo en todas partes y piensa que siempre nos encontramos en ese estado insoportable que se llama "colmo". Siempre las gotas están por hacer rebasar el vaso. ¿Cómo no indignarse si, además, esa reacción nos posibilita sentirnos inmunes a esas degradaciones que nos sublevan? El escándalo está afuera, les pertenece a los otros, que lo exhiben ante nuestra mirada indignada. Ese escándalo se aumenta por el desparpajo con que se hacen las cosas. El mal mayor de estos tiempos no es la hipocresía sino el cinismo. Y tanto los cínicos como los autoproclamados probos comparten ese ver el mundo desde afuera: los cínicos para aprovecharse de él, los buenos para sufrir ese mundo que dañan los cínicos.

La crispación genera acciones, aunque no siempre bien conducidas. La indignación paraliza y congela el tiempo. Es un sentimiento circular que espera que los demás cambien para irse desvaneciendo. El cambio no llega, Cristina persiste en ser Cristina, Magnetto es siempre idéntico a Magnetto. Entonces, ¿qué hacer? En la indignación aparece un importante espacio para el regodeo. Una y otra vez, "6-7-8" muestra las agachadas y miserias de "la Corpo", su capacidad para la mentira sistemática. El programa de Lanata insiste en presentar al gobierno como un deliberado paraguas protector de una indefinida retahíla de corrupciones que contamina desde la figura presidencial hasta al militante de tercera línea. Cada uno es el escorpión del otro, esos pecados están en su naturaleza.

En una de las emisiones de "6-7-8" transcurridas durante la campaña electoral, la socióloga e integrante de Carta Abierta María Pía López planteó que no se podía aceptar como válida una medida de gobierno mientras se rechazaban otras, y apeló, en defensa de su argumento, a la "organicidad" del modelo. O sea, una versión profana de la infalibilidad papal. Al modelo no le cabe el error, es más: ni siquiera el ensayo. O, visto desde el otro lado, es todo error, error malevolente. El verdadero contendiente de "6-7-8", la que juega en espejo, es Lilita Carrió, quien diría que esa abstracción llamada modelo es un error absoluto. No es casual que sea figurita repetida en los programas políticos de la tele, pese a sus últimos y en algunos casos muy estruendosos fracasos electorales.

Estas posiciones son de un maniqueísmo esencial, que piensa sus razones después de haber elegido un sitio donde pararse. Son ideales para indignarse, pero esta vez ya no con los contendientes de siempre (o de ahora), sino con aquellos que no toman partido por nosotros. Una especie de contumacia. Cristina suele decir que los banqueros y la gente del campo que la critican han tenido ganancias como nunca antes. (El nunca antes suele terminar con "en la historia"). Y debe de haber algo malo en ellos para que no comprendan que viven en una especie de paraíso del be-

neficio permanente. Por otro lado, en discusiones más abstractas, es habitual que aquellos que mantienen reparos hacia el kirchnerismo sin ser acérrimos opositores sean tratados de almas bellas, gente que rehúye el compromiso, actitud que merece una admonición indignada. Algo parecido surge de los opositores que se indignan con los que no se indignan lo suficiente (según sus parámetros) con el gobierno.

Esta incompreensión indignada y sorprendida de que haya gente que no comulga con nosotros nos lleva a buscar la explicación en motivos espurios, entre los cuales el dinero juega un papel protagónico. Nadie dice lo que no puede ser que diga, si no es porque alguien le ha pagado para hacerlo. No es cuestión de analizar ciertas posiciones con ingenuidad. Es muy probable que haya propaladores a sueldo de oficialistas y opositores que transmiten libretos que no les pertenecen, pero esa presunción (que puede ser cierta) se basa en la idea de que el dinero incrimina. Así, he escuchado con horror decir que Horacio González (con quien tengo enormes diferencias pero de cuya honestidad no dudo) defiende la posición del gobierno para mantenerse en su cargo como director de la Biblioteca Nacional.

En tiempos como estos, en los que se cree en cuanto refrán ande dando vuelta, "piensa mal y acertarás". Pero no es seguro que quien piensa mal esté pensando bien: en la mayoría de los casos, la presencia e influencia del dinero no se puede probar. Y, aun cuando se demuestre, no queda claro que eso pruebe que alguien ha vendido sus convicciones al mejor postor. Dado que no se puede conocer a ciencia cierta ni hechos ni motivaciones, insistir en esto, más allá de alimentar al alma sedienta de indignación, no resulta demasiado útil, por aquello que decía Borges de que las hipótesis no están obligadas a ser verdaderas sino a ser interesantes.

Es obvio, lo interesante genera interés, convoca, obliga a pensar, siempre exige un paso más. Lo que nos propone este ejército de indignados profesionales es que nos quedemos quietos y nos aburramos hasta que sea el propio

aburrimiento el que nos produzca indignación. No suena interesante.

Relatos y contrarrelatos

Henry James fue un escritor nacido en los Estados Unidos que desarrolló la mayor parte de su carrera literaria en Inglaterra. Seguramente por esta doble pertenencia, por haber sido un hombre que se sabía en tránsito, sus relatos suelen hablar de lo inestable, de lo que nunca se termina de saber. Sus personajes creen que todo es tal cual lo ven y trazan su vida en función de esas certezas. Eso los lleva a tomar ciertos rumbos que en esas historias terminarán inevitablemente en un sitio inimaginable al principio. En sus relatos James maneja con maestría este arte de la frustración y el desvío, y en ese derrotero donde el saber de ayer se revela inútil, prefiere cambiar de conversación o, para decirlo mejor, encuentra en el cambio de conversación la única posibilidad de que las cosas sigan su curso. Ese cambio de rumbo, sin embargo, no nace de la frustración por lo que no fue, sino que es el camino que elige el mundo para seguir siendo y para no repetirse. Para que cada relato sea distinto del anterior, al menos como una ilusión que vale la pena mantener.

Una de sus mejores novelas breves, *Los papeles de Aspern*, narra como pocas esa búsqueda que siempre deriva en lo imprevisto. El tal Aspern es un célebre escritor, muerto poco tiempo antes, sobre el cual corren rumores de que ha dejado una serie de escritos en los cuales, se supone, se halla la clave para una comprensión cabal de su obra. La viuda, custodia y poseedora de esos papeles tan importantes, se ha trasladado con su sobrina de Londres a Venecia. Hasta allí viaja un aspirante a editor, que se vale de una serie de artimañas para intentar acceder a esos papeles. La anciana, que vive con una sobrina, se niega reiteradamen-